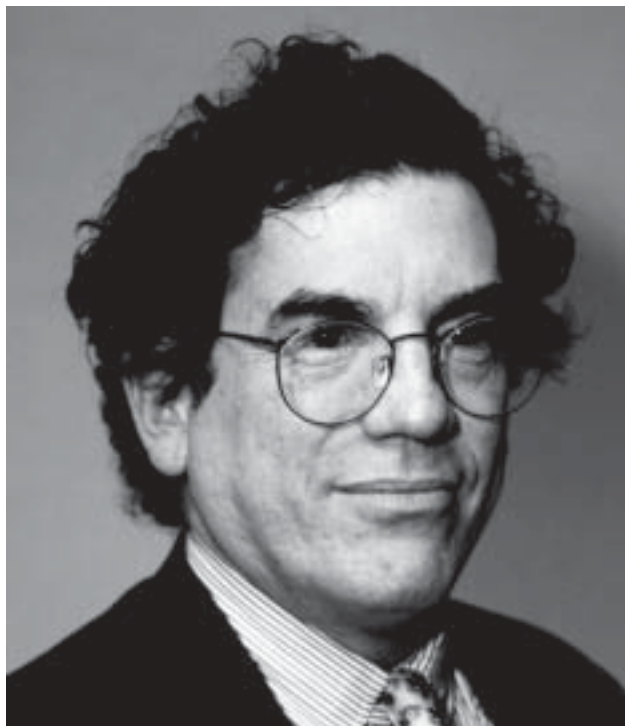


ENCUENTROS



*Cómo se están transformando
los Estados Unidos por efecto
de la inmigración latina*

Conferencia de

Roberto Suro

CENTRO CULTURAL DEL BID

Directora: Ana María Coronel de Rodríguez

Artes Visuales: Félix Angel

Conciertos y Conferencias: Anne Vena

Asistencia administrativa: Elba Agusti



En mayo de 1992, el Banco Interamericano de Desarrollo creó el Centro Cultural en su sede de Washington, D.C., con el propósito de establecer una sala de exposición y un foro permanente desde donde difundir las manifestaciones más destacadas de la vida artística e intelectual de sus países miembros, de Norte, Centro y Sur América, el Caribe, Europa Occidental, Israel y Japón. El Centro Cultural contribuye a realzar la expresión cultural como un elemento integral del desarrollo económico y social de los pueblos.

Las actividades del Centro, a través del *Programa de Artes Visuales* y de la *Serie de Conciertos y Conferencias*, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento de la cultura de los países americanos. El *Programa de Estimulo y Promoción Cultural* se estableció en 1994 para apoyar proyectos en América Latina y el Caribe que promueven el desarrollo cultural comunitario y la educación artística de jóvenes en el nivel local, y provee apoyo institucional para la conservación del patrimonio cultural, entre otros aspectos. La *Colección de Arte del BID*, conformada a lo largo de muchos años, es asimismo administrada por el Centro Cultural. La Colección refleja adquisiciones que van de acuerdo con la relevancia e importancia hemisféricas que el Banco ha logrado después de cuatro décadas de existencia como institución financiera pionera en el desarrollo de la región.

COMO SE ESTAN TRANSFORMANDO LOS ESTADOS UNIDOS POR EFECTO DE LA INMIGRACION LATINA

Roberto Suro

Es un gran placer estar aquí con ustedes y muchas gracias a todos por asistir. Me gustaría, primero, recordarles una exposición que tuvo lugar hace algún tiempo en la Isla Ellis, en la bahía de Nueva York. No sé si alguno de ustedes haya estado en la isla desde que fue convertida en un museo de la inmigración. En el gran salón, donde los inmigrantes europeos recién llegados recogían su equipaje después de obtener el permiso para entrar al país, hay un globo terráqueo muy grande que mide casi seis metros de altura. Está cubierto de lucecitas que se encienden y se apagan para ilustrar las distintas corrientes migratorias en diferentes épocas de la historia. Se ve claramente que en el siglo XVII las lucecitas salen de Europa, cuando los emigrantes se marchaban para crear imperios en el subcontinente indio, o emprendían viaje al Africa, a América del Sur y a otros lugares. Se puede ver la larga hilera de luces que cruza el Atlántico en el siglo XIX, en el período de la industrialización. También se advierten hileras de luces que cruzan el Asia en di-

ferentes épocas.

Esa exposición es interesante porque muestra que la historia de la migración no es continua y que ésta no es un estado permanente. Más bien, se trata de una serie de episodios, cada uno de los cuales tiene un inicio, un desarrollo y un final. Hay largos períodos, como durante buena parte del siglo actual, en los que el globo terráqueo está esencialmente apagado. También se observa que, en épocas de migración, las gentes suelen abandonar muchos lugares para dirigirse a destinos muy variados, y no se produce un solo movimiento lineal de una nación a otra. Si ese globo terráqueo fuese actualizado a modo de ilustrar la situación a mediados de los años noventa, parecería un conjunto de letreros de neón en la avenida principal de Las Vegas. Las luces cruzarían Europa, de la zona oriental hacia Alemania; en el Asia, se vería a los trabajadores itinerantes desplazarse de las Filipinas a Tailandia, Indonesia y luego en sentido inverso; se vería a trabajadores del subcontinente indio emprender la mar-

La conferencia *Cómo se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina* fue dictada en el Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, D.C., el 28 de mayo de 1998, como parte del Programa de Conferencias del Centro Cultural del BID.

cha hacia el Mediano Oriente; pero las luces más intensas se verían desde América Latina, especialmente México, a los Estados Unidos.

La raza humana está pasando por el período de migración más complejo y extenso de su historia: el desplazamiento de personas es uno de los rasgos característicos de nuestra era. En los Estados Unidos, la inmigración, particularmente la que procede de países de habla española, está definiendo el futuro. Casi doce millones de latinos nacidos en el extranjero y sus hijos que han nacido en este país están definiendo los grandes desafíos sociales, políticos y económicos con que se enfrentará esta nación en los próximos veinte años. Ellos representan una enorme fuerza demográfica que, como indica el título de esta conferencia, es capaz de generar una gran transformación en este país. Como se concluye en mi obra sobre el tema, titulada *Strangers Among Us*, estos cambios acarrearán conflictos y disputas, quizá hasta luchas internas. Para los Estados Unidos representa un período difícil de autorreflexión, una crisis de identidad. Pero me estoy adelantando; ahí es donde acaba el asunto, no donde comienza.

Mi obra, *Strangers Among Us*, parte de la premisa de que la inmigración latina en los Estados Unidos es un acontecimiento histórico maduro, aunque incompleto aún. El libro consta de una serie de relatos que tratan de describir las tendencias y pautas que ya se vislumbran, y de identificar adónde nos están llevando esas tendencias como nación.

Empiezo con una historia que recuerdo vivamente porque, cuando hice el reportaje, me sentí inspirado a escribir este libro. Se trata de una entrevista en Houston con una joven de quince años,

hija de dos inmigrantes mexicanos muy industriosos que trabajaban en fábricas por una paga sumamente baja. Con frecuencia, el padre o la madre también tenía un empleo nocturno limpiando edificios. Ambos eran muy conservadores y hacían lo posible por criar a sus cuatro hijos según las estrictas costumbres de la sociedad mexicana, en un hogar muy religioso, desalentándolos de tener demasiado contacto con otros niños en las escuelas públicas. Cuando esta joven, Imelda, cumplió los quince años, le hicieron la fiesta tradicional para la “quinceañera”. Derrocharon dinero para ostentar ante los vecinos lo mucho que habían conseguido al venir a los Estados Unidos. Para los padres, la ocasión tenía gran importancia. Imelda contó que había aceptado todo aquello y desempeñado el papel que le correspondía, pero que al día siguiente había horrorizado a sus padres con la noticia de que había abandonado la escuela hacía varias semanas, que estaba embarazada y que se iba de la casa para vivir con su novio, un mexicanoestadounidense que hablaba inglés.

La historia de Imelda no representa ni lo mejor ni lo peor de la inmigración latina, pero ilustra uno de los rasgos más fundamentales de la inmigración en cualquier parte: es un proceso largo que repercute en varias generaciones mientras las personas se adaptan a su nuevo país. El acto de abandonar la tierra natal es solamente el primer paso en lo que constituye un enorme cambio de identidad. La historia de Imelda ilustra algunas de las realidades más duras que encierra hoy en día la inmigración latina a los Estados Unidos.

Imelda me contaba cómo, la noche después de abandonar el hogar de sus

padres, se había sentado a la mesa con el novio y su madre a comer arroz blanco, plato que jamás le habían servido porque siempre había comido arroz frito al estilo mexicano. Dijo que se había sentido como toda una estadounidense porque al fin comía arroz blanco y vivía con su novio.

Sus padres habían viajado al norte llenos de toda clase de ilusiones que los llevaron de una vida de porvenir sombrío en un rancho polvoriento, donde trabajaban como campesinos, a una vida de tranquilidad y suficiencia como trabajadores asalariados en una ciudad estadounidense. Y de estos dos inmigrantes industriosos surgieron dos personas más: una madre adolescente que devengaba su sustento de la asistencia social, y su bebé, que era ciudadano de los Estados Unidos. Imelda se había hecho estadounidense y en el proceso había aprendido el idioma, pero al final había aprendido, más que nada, a ser pobre en un barrio pobre de este país.

La inmigración latina es fuente de ganancias a corto plazo y de pérdidas a largo plazo. Desde hace ya varios decenios, los Estados Unidos han sostenido un gasto exterior deficitario que se puede medir en vidas humanas. Con su ardua labor y sus bajos salarios, los latinos han aportado beneficios inmediatos a sus empleadores, a los consumidores y a muchas entidades más. No obstante, la sociedad estadounidense nunca les ha definido a estos inmigrantes ni a sus hijos un lugar permanente y ha postergado reiteradamente la atención que debe prestar a las necesidades que tendrán en el futuro lejano. Ese futuro ya está aquí y es la hora de recapacitar. Los Estados Unidos necesitarán nuevas políticas de inmigración para determinar quién puede ingresar al país.

Más importante aun, esta nación tendrá que encontrar nuevas formas de garantizar la igualdad política a aquéllos a quienes ofrece oportunidades económicas. Los estadounidenses no tardarán en aprender, una vez más, que en una época de extensa inmigración los que llegan no sólo exigen un cambio, sino que lo generan.

¿Adónde nos llevan estos cambios? Me propuse salir al mundo a observar y pasé cerca de cuatro años viajando por todo el país, casi todo el tiempo como corresponsal de *The New York Times* o *The Washington Post*, y hubo un período en que viví de becas y de la enseñanza. En mi libro procuré incluir relatos que ilustran los efectos de los temas más importantes.

Había en Los Angeles un club con un grupo musical que tocaba en un estilo transnacional, una combinación de bailes que comparten México y Estados Unidos. En ese club la identidad de las personas fluctuaba de continuo; había desde inmigrantes recién llegados de México hasta mexicanoestadounidenses que ya habían pasado varias generaciones en este país. En conjunto, formaban una nueva mezcla cultural donde se entrelazaban estilos muy diversos.

En Houston había un policía mexicanoestadounidense que se había criado en un vecindario mayoritariamente mexicano. Como era policía, le tocaba salir cada viernes por la noche a "patrullar cantinas" y a detener a los inmigrantes que encontraba ebrios. Estos eran en su mayoría trabajadores pobres que acababan de recibir la paga, y él procuraba cerciorarse de que bebieran sus cervezas pacíficamente. A su modo de ver, eso le permitía imponer alguna disciplina en su propio vecindario.

Ese vecindario siempre ha tenido dos

iglesias: una para los anglos y otra para los mexicanos. A la de los anglos acuden mexicanoestadounidenses que hablan inglés, como el policía, y a la mexicana, inmigrantes recién llegados que todavía oyen la misa en español. Esto ilustra la manera en que los habitantes de un barrio latino se diferencian solos según el tiempo que han vivido aquí, su dominio del idioma, su situación migratoria y la clase económica a la que pertenecen.

Había un grupo de mujeres en Los Angeles que salían de noche a hacer “caminatas de amor”; rodeaban a sus hijos adolescentes para protegerlos de las pandillas, procurando disuadirlos de meterse en líos. Este es un ejemplo de cuán extraordinario es el espíritu cívico que se observa, sobre todo entre las mujeres, en vecindarios donde las familias son extensas y donde se forman vínculos humanos sumamente estrechos para ayudarse unos a otros. Estos vínculos son de las instituciones más perdurables que existen en algunos de estos países.

Las diferentes comunidades que conviven en los Estados Unidos se han desarrollado de una manera diferente. Cuando los puertorriqueños vinieron a Nueva York hicieron todo lo posible por sentirse neoyorquinos, como habían hecho otros grupos de inmigrantes al llegar. Trataron de formar clubes de béisbol. Trataron de ejercer la política al estilo del Partido Demócrata. Entraron en la economía industrial y fueron rechazados casi invariablemente.

En mi libro cuento cómo nació el movimiento mexicanoestadounidense de los derechos civiles en el sur de Texas, y cómo esos mexicanos tuvieron que ir a los tribunales para probar que no eran blancos y, de esa manera, poder hacer valer sus

derechos humanos para combatir la segregación informal que había en ese medio.

Los cubanos de Miami se dejaron arrastrar tanto por la política del exilio que perdieron lo que a mi juicio fue una gran oportunidad de liderar esa ciudad. Los dominicanos de Washington Heights, en Nueva York, crearon un reducto que llegó a convertirse en la capital de la cocaína de la costa atlántica, y fueron enormes las consecuencias que pagaron. En vez de dedicarse a cuidar de su propio vecindario, siempre tuvieron la idea de que estaban a punto de regresar, o se concentraron más en la política dominicana que en lo que sucedía en sus propias calles. La gente invertía en comprar casas en la República Dominicana y descuidaba su propia comunidad.

Los conserjes centroamericanos en Los Angeles montaron una huelga extraordinaria que representó el inicio de un movimiento en pro de mayor “justicia para los conserjes”, con el cual hicieron sentir tan avergonzada a la gente que hubo que aumentarles el salario. Demostraron convincentemente cuán doloroso es pertenecer al estrato más bajo de una economía donde muchos trabajadores están mal pagados. Recuerden que esto sucedió a raíz de los disturbios por el caso de Rodney King, cuando la rivalidad entre los afroamericanos y los latinoamericanos se manifestó por primera vez.

He pasado mucho tiempo tratando de entender la política de inmigración de los Estados Unidos y me parece que es un conjunto de leyes profundamente ambivalente y excesivamente confuso. La redacción de la Ley de Inmigración de 1990 terminó al fin cuando la Cámara y el Senado aprobaron versiones diferentes, el último día de la legislatura que se re-

unió en 1990. El senador Edward Kennedy se reunió con su colega de la Cámara, Jack Brooks, de Texas, quien tenía una gran afición a los puros de buena calidad. Kennedy entró en la pequeña sala de conferencias y pronto se hizo patente que no se resolverían las diferencias de opinión entre ellos en torno a esta Ley, la cual aumentaría notablemente la inmigración legal al país. Kennedy abrió un sobre grande de papel manila y sacó una caja de puros; colocó la caja a la mitad de la mesa, entre los dos, y transcurrieron seis horas de negociaciones. Cada vez que Brooks se negaba a ceder en algo, Kennedy retiraba la caja, y siempre que Brooks cedía, se la volvía a acercar. La caja fue y vino toda la tarde, mientras se determinaba el destino de millares de personas. El acuerdo al que al fin llegaron aquel día, con la caja de tabaco de por medio, fue el de crear un "límite máximo perforable", que fijaba un límite a la inmigración legal pero lo definía como "perforable". Esto dejó satisfechas a ambas partes y dio por resultado una política de inmigración que nadie entiende y que no tiene ni el consenso ni el apoyo del pueblo estadounidense. Esta situación es peligrosa cuando cada año llegan millones de personas al país.

En uno de mis relatos predilectos se ilustra cómo la inmigración latina está influyendo en las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina. En 1978, un maya guatemalteco llamado Juan Chanax fue el primero en marcharse de su aldea, San Cristóbal, en las montañas de Tonicapán, para venir a los Estados Unidos. Con el tiempo encontró un trabajo en Houston y a los pocos meses mandó a llamar a su hermano y su tío porque las cosas iban bastante bien. El hermano y el tío vinieron y, como dijo Juan, más

parientes vinieron al norte. Luego llegaron aquí al norte los amigos de sus parientes, los parientes de esos amigos, y finalmente los amigos de los parientes de los amigos.

Hoy en día, veinte años después de que Juan emprendiera la marcha solo, Houston, Texas, tiene más de dos mil personas originarias de San Cristóbal, Guatemala. Estas personas han establecido dos iglesias, una liga de fútbol y todo un vecindario. Los hombres tienen trabajos fijos como verduleros en una gran cadena de supermercados. Las mujeres cuidan a los hijos de una amplia red de mujeres profesionales de habla inglesa. En su modesta medida, los guatemaltecos han cambiado la faz de la ciudad de Houston.

También han cambiado la faz de Tonicapán, donde los mayas de Houston ya se han construido casas. Y hoy en día en San Cristóbal los automóviles más grandes ya no pertenecen a las antiguas familias de terratenientes, sino a los parientes de los mayas que han salido adelante en Houston. Cada año, los mayas de Houston regresan a San Cristóbal para las festividades anuales del pueblo. Al cabo de estos cuatro días se celebra un partido de fútbol entre una selección de la localidad y otra de Houston. Cada año, después del partido, un nuevo grupo de personas decide migrar hacia el norte después de haber visto llegar de Houston a gentes mejor vestidas, con coches más grandes y con hijos que hablan inglés.

Después de veinte años, toda la comunidad se ha acostumbrado al flujo continuo de remesas de dinero. Una generación entera se ha criado pensando que la emigración hacia el norte le ofrece una vía para satisfacer sus ambiciones, evitar decepciones y vencer obstáculos. Juan

Chanax es un maya de tez muy morena que en Guatemala se habría quedado estancado en un estrato social predefinido y que no ha cambiado en quinientos años. Cuando me hablaba en Houston ocupaba una casa de dos pisos con aire acondicionado central y una televisión de gran pantalla, que eran de él.

Al venir al norte había logrado transformar su vida radicalmente. Esta comunidad, como tantas otras integradas por latinos inmigrantes, es una ruta de intercambio activo entre la comunidad emisora y la receptora, donde el dinero, las personas, los sueños y la identidad continuamente se desplazan en una y otra dirección.

Los latinos nacidos en el extranjero, que suman casi doce millones, y sus hijos que viven en los Estados Unidos, ponen de manifiesto la integración social, política y económica de todo el continente americano. En el sur hay otros tantos millones de personas que desean venir a este país, y son aun más los millones que quieren venir desde más lejos; todos básicamente abrigan la esperanza de poder emigrar hacia el norte algún día.

Sería un error pensar, sin embargo, que esta ruta es de carácter meramente humano y que sus únicos protagonistas son los inmigrantes. A Juan Chanax se le ocurrió trasladarse al norte cuando cerca de su aldea empezó a funcionar una fábrica estadounidense de ropa. Era un establecimiento grande, con unos trescientos empleados que ensamblaban y cosían suéteres. Un tío de Juan que fue a trabajar a la fábrica les aseguraba que una persona hábil en el uso del estambre, como él, podía ganar más dinero que los campesinos que trabajaban en los sembrados el día entero o se dedicaban a la repara-

ción de caminos. Por primera vez Juan supo lo que era devengar un salario, recibir una paga semanal y tener una entrada regular, independientemente de si llovía o dejaba de llover, o de si sus tejidos tenían demanda o no. Supo lo que era la regularidad del trabajo moderno.

En la fábrica de la aldea se produjo una confluencia de tecnología, capital, materia prima y diseños de todas partes del mundo. Estos elementos se combinaron con las artes tradicionales de los mayas y con su disposición a trabajar por una paga tan baja que jamás se permitiría en los Estados Unidos ni en Europa occidental. Por un breve instante todos estos elementos convergieron: el sentido italiano del color, las fibras del Asia, el capital estadounidense y la mano de obra de los mayas. La fábrica de suéteres transformaría para siempre a los mayas de Totonicapán. La fábrica se desplazó de los Estados Unidos al territorio maya en las montañas y, como el resonar de un eco, los mayas se desplazaron a Houston desde sus montañas. En América Latina, el desarrollo de los procesos económicos industriales propios de la época moderna, mediante inversiones internas o del extranjero, enseña a las personas a trabajar en un entorno laboral moderno.

La llegada de centros comerciales al estilo estadounidense despierta en los latinoamericanos el deseo de adquirir cosas. No es de sorprender que un individuo que trabaja en una fábrica de ropa en Santo Domingo por cinco dólares al día se dé cuenta de que tendría mayores posibilidades de conseguir las cosas que desea si trabajase en una fábrica de ropa en Nueva York por cinco dólares la hora. El mismo modelo se observa en cualquier parte del continente, incluso a mayor es-

cala, ya que prácticamente todos los gobiernos y las economías imitan los modelos estadounidenses.

Los Estados Unidos actualmente están situados en la cumbre del continente americano, como la luz de un faro en una noche oscura. Arrasa con todo lo que ilumina, y a la vez señala el camino. Por espacio de cien años ese país ha ejercido su enorme influencia sobre América Latina, y el mensaje, sin importar quién lo haya transmitido –la infantería de marina o el Cuerpo de Paz–, ha sido siempre el mismo: los estadounidenses saben más, son más prósperos y viven mejor. Cuando se han sentido amenazados, por los nazis o los comunistas, los Estados Unidos han gastado sumas gigantescas con el propósito de proyectarse ante el mundo como paradigma de cultura cívica, en una tierra con igualdad de oportunidades económicas para todos. Entretanto, la cultura consumista estadounidense ha penetrado hasta lo más profundo de la psique latinoamericana, definiendo gustos y creando nuevas aspiraciones. Los Estados Unidos, con sus programas de televisión, sus soldados y sus ideales políticos, se han volcado hacia los pueblos de toda América, en quienes han dejado su huella. A cambio de todo ello, le han llegado muchos inmigrantes.

Permítanme señalar algunas cosas con respecto a las remesas de dinero, que, a mi juicio, plantean una de las mayores dificultades y oportunidades en relación con este acontecimiento histórico tan trascendental y que considero debe ser especialmente interesante para quienes están en esta institución. Hace poco tiempo, el Centro Thomas Rivera publicó un excelente estudio a base de cálculos combinados, según el cual las remesas que hacían

a México los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos sumaban unos \$3700 millones al año; a El Salvador, unos \$1100 millones al año; y a la República Dominicana, unos \$795 millones. Estas enormes cantidades son prueba fehaciente de que la inmigración crea un vínculo estrecho entre la comunidad emisora y la receptora, y que no se trata meramente de una corriente humana que se mueve en una sola dirección. La conexión entre la tierra que se deja atrás y el nuevo destino, entre el pasado y el futuro, es el elemento que le infunde un sentido al acto de emigrar.

El monto y la importancia de las remesas de dinero son una característica persistente de la inmigración. Durante la segunda mitad del siglo XIX, las remesas que mandaban anualmente los inmigrantes irlandeses en los Estados Unidos llegaron a ser, en pocos años, de más de ocho millones de dólares, suma extraordinaria hace cien años. Basándose en estos montos, Patrick J. Blessing, historiador de ascendencia irlandesa, llegó a la conclusión de que la emigración a gran escala de campesinos irlandeses al Nuevo Mundo no fue una fuga caótica para salir de condiciones intolerables, sino más bien una de varias opciones, dentro de una gama limitada, que les ofrecía la posibilidad de marcharse a personas que aún velaban por la supervivencia y el bienestar de la familia y los amigos que dejaban atrás.

Normalmente, los envíos individuales eran mayores si era poco el tiempo transcurrido desde la emigración; si el inmigrante se quedaba en el extranjero, el dinero menguaba a medida que empezaba a ocuparse de su propia vida. Para compensar la pérdida, las familias solían mandar a otro inmigrante. El inmigrante con

más experiencia solía hacer de anfitrión para procurar que le fuera bien al recién llegado. Esta misma pauta se observa en el caso de los mayas de Houston y de muchos otros inmigrantes latinos. Su salida no se reduce a un intento caótico por escapar de la pobreza; también sienten la eterna añoranza de la tierra natal. En todo caso, hoy en día los vínculos son más fuertes porque las distancias se han acortado y desplazarse es más fácil que cuando llegaron los irlandeses y otros europeos. Como sucedía en aquella época, el interés por el bienestar personal es un elemento que figura poderosamente en el vínculo que conserva el inmigrante con su tierra natal.

La historia de Juan, el maya de Houston, demuestra que la inmigración no consiste meramente en el acto de partir, sino que es una vía de transformación. A Juan le agradaba pasar temporadas en ambos países; para él representaban una gran victoria esas semanas que pasaba en Guatemala después de haber trabajado en Houston por un año entero, porque podía mostrar a otros los frutos de su labor. Había superado los obstáculos que en su tierra natal le habían parecido insuperables. Las personas se mueven entre los dos países y desde su nuevo mundo ayudan a resolver los problemas del antiguo. Al cambiar su relación con el pasado, Juan se labró su futuro. Este vínculo actual entre los Estados Unidos y América Latina tiene implicaciones económicas y políticas interesantes. Fuera del sistema bancario de los países fluyen enormes sumas de dinero que suelen estar sujetas a grandes cobros por parte de la Western Union y de las otras empresas que mandan dinero. Es común que a un lado y otro las personas paguen el diez por ciento por man-

dar dinero a su país, y otro tanto por cobrarlo.

En este país, los inmigrantes básicamente están renunciando a las ganancias que les aporta su trabajo en vez de invertirlas aquí mismo en su propio futuro; se gastan el dinero en vez de invertirlo. ¿Cómo puede usarse este dinero para garantizar que hagan inversiones económicas en este país? ¿Cómo se puede destinar al desarrollo económico de los países receptores para mitigar las presiones que en un futuro engendrará la migración? Estos son problemas de gran magnitud.

Saskia Sassen, profesora de Planificación Urbana en la Universidad de Columbia, ha definido dos etapas muy claras en la historia de la migración: el inicio de una corriente migratoria nueva y su continuación. Según Sassen, el comienzo de la migración obedece a factores propios del país exportador y también del receptor. Estos factores fomentan la formación de vínculos objetivos y subjetivos que hacen factible esa migración. La creación de los canales correspondientes es lo que permite el desplazamiento de las personas. El establecimiento de una comunidad receptora en este país es el que genera oportunidades de trabajo y define el camino hacia el norte, y no cabe duda de que por esa etapa ya hemos pasado. Lo que hemos presenciado en los años ochenta y noventa es el desarrollo de canales más profundos y eficientes que nos conectan con varios países, y actualmente se están creando nuevos canales con muchos países más.

El país donde nació mi madre, que es el Ecuador, ejemplifica este punto claramente. No hace mucho, había relativamente pocos inmigrantes ecuatorianos en los Estados Unidos porque no funcionaba ningún canal que condujera a las per-

sonas hacia el norte. Hoy en día, en cuestión de diez o quince años, han surgido canales migratorios sólidos y eficaces entre el Ecuador y los Estados Unidos. El Ecuador no tenía, como México, la tradición de mandar gente al exterior, ni tampoco la larga historia de compenetración con los Estados Unidos que ha tenido, por ejemplo, la República Dominicana. No obstante, en un período muy corto, se han establecido canales que han permitido el flujo de millares de personas hacia este país.

Me gustaría plantear algunas ideas sobre lo que todo esto significa para el futuro, y tratar de sacar algunas conclusiones sobre el rumbo por donde nos lleva. No es necesariamente válida la inevitable comparación con lo que sucedió durante la inmigración europea, ni es ineludible que los Estados Unidos vuelvan a convertirse en un crisol. El crisol tiene que percibirse como un acontecimiento aislado, y no como una tendencia; es algo que pasó en circunstancias muy particulares. Había una economía industrial con una gran demanda de nueva mano de obra, que ofrecía a personas con relativamente poca preparación la oportunidad de salir adelante, y tuvo lugar en una época en que los sindicatos aspiraban a engrosar las filas de sus afiliados y a incrementar su influencia sobre el Partido Demócrata. La iglesia católica en este país tenía la misión de acoger a los inmigrantes. La Gran Depresión, las dos guerras mundiales y la guerra fría engendraron un patriotismo renovado y vital en este país. Ahora vivimos en una época distinta, y los inmigrantes de ahora son distintos. No hay motivo para dar por sentado que la tendencia se va a repetir.

Hoy en día, la inmigración se produce en un momento en el que existen dos

grandes tendencias que determinan cómo son recibidas las personas al llegar a este país. Una de ellas es la reestructuración económica: la transformación de una economía industrial basada en la producción de bienes de consumo en una economía basada en la provisión de servicios y de información. Esa reestructuración ya se ha ultimado, con muy buenos resultados, en un período en que ha llegado un enorme número de inmigrantes. Se hacen patentes muchas cosas en esta nueva economía: hay disparidades grandes y cada vez más acentuadas entre los ricos y los pobres; y algunos factores estructurales propios de la fuerza de trabajo que predomina en este país, de los cuales la educación es el más importante, limitan la movilidad. Las personas que poseen una educación formal prosperan en esta economía; en cambio, las que carecen de ella no logran salir de la pobreza, y es muy difícil traspasar ese umbral sin adquirir las credenciales que exige el sistema económico.

La otra tendencia fundamental es que la inmigración actual se produce tras haber finalizado un período de actividad que pretendió lograr la igualdad social y política. Presenciamos el final del sistema de bienestar social de la Gran Sociedad, que es básicamente el final de la era de los derechos civiles. Al cabo de treinta años de activismo hay indicios incontables, si hemos de guiarnos por algunas decisiones recientes del Tribunal Supremo, que reafirman la noción de que este país se ha cansado de tratar de subsanar, aplicando medidas enérgicas, las disparidades entre los diferentes grupos raciales y étnicos. Y también hemos dejado atrás el período en que se buscaba darles a los pobres la garantía de una red de protección social.

Para poder entender el papel que des-

empeña la inmigración en todo este proceso, es importante verla como causa y también como efecto de los cambios observados. Las personas se sienten atraídas a emigrar a los Estados Unidos por las nuevas oportunidades de trabajo que ha creado la reestructuración económica y, una vez que llegan al país, transforman el panorama social. Por ser pobres y no ser ni blancos ni negros, los inmigrantes latinos han obligado a este país a recapacitar sobre el modo de lidiar con las diferencias de carácter étnico y racial.

Lo favorable de este proceso es que la mayoría de los inmigrantes tienen igualdad de acceso a oportunidades de tipo económico y que gozan de una buena situación, lo cual es asombroso si se considera, por ejemplo, que alrededor de 70% de los inmigrantes mexicanos llegan a este país sin haber terminado la escuela secundaria. No obstante, a menudo las tasas de pobreza oscilan entre 30 y 40% en comunidades de inmigrantes latinos que acaban de llegar, según el tiempo que hayan vivido aquí y el lugar donde residan. El aspecto más alarmante es que cada vez hay más indicios de que esta pobreza tiende a pasar de una generación a la siguiente.

El Departamento de Educación informó hace poco que la tasa de deserción escolar entre hispanos nacidos en el exterior es de alrededor de 44%. Es menor en el caso de quienes han nacido en los Estados Unidos de padres extranjeros: cerca de 20%, frente a 7% en el caso de los blancos y 13% en el de los negros. Se trata de cantidades mucho mayores de personas jóvenes que entran a formar parte de la economía con un futuro muy incierto. No cabe duda alguna de que en nuestra sociedad las perspectivas económicas de una persona que abandona la

escuela son muy sombrías, por muy inteligente que sea.

A todo esto se suma que, en el campo de la conducta social, hay indicadores muy alarmantes, de los cuales un ejemplo es el de los embarazos en la adolescencia, cuya tasa en mujeres hispanas ha aumentado en un tercio desde 1990, mientras que las cifras nacionales muestran una tendencia descendente. La tasa de embarazo en las adolescentes hispanas actualmente es superior a la de las adolescentes negras. Las hispanas corren un riesgo cuatro veces mayor que las blancas de tener un hijo antes de los veinte años. Y ya sabemos cuál es el destino de las que abandonan la escuela y de las madres adolescentes. La experiencia afroestadounidense en este país nos ha enseñado que tasas de pobreza de 30 y 40% se transmiten de una generación a la siguiente y se perpetúan tenazmente en las ciudades estadounidenses. Estas tasas de pobreza, en una población de este tamaño, plantean enormes dificultades, independientemente de que muchas personas logren ascender en la escala social.

Con el tiempo, la mayoría de los inmigrantes entran a formar parte de la clase media obrera. Aun así, el tamaño de la clase baja en los Estados Unidos se duplicará, llevando a este país a una situación muy diferente a la que existía en la era de la inmigración europea. Es un juego de suma cero que sucede con enorme rapidez. La asimilación de los inmigrantes europeos se produjo a lo largo de dos o tres generaciones; ahora se produce en el ciclo de vida del propio inmigrante.

¿Y qué nos espera? Veamos el título de mi obra, *Strangers Among Us*, que viene de un pasaje en el Levítico del Antiguo Testamento donde se advierte a los fieles que

cuando llega un extraño a vivir en su tierra, deben tratarlo como si fuese de su misma sangre, puesto que en algún momento ellos mismos fueron extranjeros en ese lugar. A mi juicio, es importante que este país aprenda esa lección. La nación en su conjunto tiene mucho que ganar si se preocupa por garantizar el éxito de esta iniciativa demográfica. Si nos adelantamos al año 2010, cuando muchos de los *baby boomers*¹ se estarán jubilando, serán los hijos de los inmigrantes latinos de hoy quienes constituyan la fuerza laboral más numerosa dentro de la economía estadounidense.

Hacerle frente a cada uno de los problemas que he abordado obligará a este país a trascender el plano de las diferencias raciales tajantes y simplistas. Estamos ante un panorama étnico mucho más complicado, en un país acostumbrado a percibir las diferencias en términos de si se es negro o blanco. Para hacer frente al problema de los grupos que fracasan o que no logran prosperar, habrá que adoptar una nueva actitud frente a lo que son las oportunidades económicas. Los Estados Unidos se han concentrado casi exclusivamente en las prestaciones de la asistencia social como único vehículo para encarar el problema de los pobres. Los latinos sin recursos plantean un problema muy distinto: son precisamente los más pobres los que trabajan más. Habitualmente, en comunidades de latinos recién llegados al país, hay una tasa muy elevada de participación en la fuerza de trabajo. A menudo en una misma familia se desempeñan tres o cuatro trabajos diferentes, pero a pesar de ello las tasas de po-

breza superan, con mucho, las cifras promedio.

Encarar los problemas que plantean los pobres que trabajan obligará a este país a cambiar por completo su concepto de las oportunidades económicas, y también la manera en que percibe a las personas que no han logrado prosperar en un sentido económico. Ineludiblemente, habrá necesidad de garantizarles el acceso a la educación.

La historia nos han enseñado que, en los Estados Unidos, el enfrentamiento es el vehículo al que más se recurre para resolver los problemas sociales, y es muy probable que se produzca un enfrentamiento al cerrarse este ciclo económico. Ya hemos visto que el odio hacia el inmigrante se intensifica de una manera casi previsible siempre que la nación se ve afectada por una recesión y, en mi opinión, tenemos que aceptar la posibilidad de que ello ocurra. Tenemos que aceptar estos sentimientos de repudio, que se palpan ahora mismo inclusive, y hacerle frente al conflicto que ello engendra; debemos comprender que estos temores son casi parte natural de la experiencia del inmigrante. Al afrontar estos problemas directamente, llegaremos a la conclusión de que esta nación ya ha pasado antes por las mismas experiencias. Los Estados Unidos han acogido al forastero, han pasado por épocas muy difíciles, se han robustecido y en cada ocasión han salido adelante con un sentimiento de identidad más fuerte, con un sentido renovado de lo que es su misión, con una visión más clara de lo que significa la igualdad de oportunidades. Esto es, a mi parecer, lo que el futuro nos tiene deparado.

¹ N. del t.: Los *baby boomers* son las personas nacidas después de la segunda guerra mundial en los Estados Unidos, cuando la tasa de natalidad mostró un aumento inusitado.

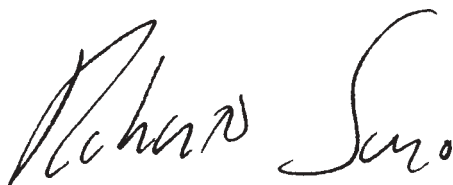
Roberto Suro publicó recientemente los resultados de su investigación nacional sobre las causas y consecuencias de la inmigración en una obra titulada *Strangers Among Us: How Latino Immigration is Transforming America* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1998).

Roberto Suro nació en Washington, D.C., en 1951. Después de graduarse de la Universidad de Yale y de recibir su título de Maestría de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Columbia, fue reportero de la sección de policía en Chicago para la *City News Bureau* y más tarde trabajó en los periódicos *The Chicago Sun Times* y *The Chicago Tribune*.

En los años ochenta trabajó exclusivamente en el campo de las relaciones exteriores y noticias internacionales y cubrió el Departamento de Estado y el Pentágono para *Time Magazine*. Trabajó dos años en Beirut cubriendo los acontecimientos en el Mediano Oriente y posteriormente pasó cinco años en Roma, principalmente en calidad de director de la oficina local de *The New York Times*, y viajó por el mundo entero con el Papa Juan Pablo II. Recorrió toda Europa, Africa del Norte y el Mediano Oriente cubriendo las noticias, entre ellas las de la Guerra del Golfo.

El señor Suro regresó a los Estados Unidos y trabajó cuatro años como director de la oficina local de *The New York Times* en Houston, Texas, donde se concentró en las noticias de este estado y del suroeste del país. Redactó artículos sobre las crisis en la frontera mexicanoestadounidense, la creación de nuevos programas de inmigración y los cambios observados en el lugar que ocupan los inmigrantes mexicanos en la economía de Texas.

En 1993 empezó a dedicarse por entero a estudiar las comunidades de inmigrantes latinos en todo el país, y durante casi dieciocho meses se entregó a esta tarea con la ayuda de becas y subsidios de distintas entidades, entre ellas el Centro Internacional de Política Woodrow Wilson. Durante otro año y medio se dedicó a escribir sobre temas de inmigración para *The Washington Post*, donde trabaja actualmente como reportero a cargo de asuntos relacionados con las leyes federales.

A handwritten signature in black ink, reading "Roberto Suro". The signature is fluid and cursive, with the first name "Roberto" written in a more compact, stylized manner and the last name "Suro" written in a larger, more open script.

Otras publicaciones disponibles de la Serie *Encuentros*.

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
Diálogo con José Donoso, novelista chileno.
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*
Germán Arciniegas, periodista, historiador y diplomático colombiano.
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*
Rigoberta Menchú, líder indígena guatemalteca
y Premio Nóbel de la Paz en 1992.
No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*
Annick Sanjurjo Casciero, historiadora paraguaya.
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*
Alfonso Sastre, dramaturgo español.
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*
Edward Villella, bailarín estadounidense, director artístico
del Ballet de la Ciudad de Miami.
No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*
Zee Edgell, novelista beliceña, autora de *Beka Lamb*.
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela Quiteña*
Magdalena Gallegos de Donoso, antropóloga ecuatoriana.
No. 9, octubre de 1994.

- *Arte en contexto: estética, ambiente y función en las artes de Japón*
Ann Yonemura, curadora norteamericana de arte japonés de las galerías Freer y Sackler de la Institución Smithsonian.
No. 10, marzo de 1995.
- *Hacia el fin del milenio*
Homero Aridjis, poeta mexicano, ganador del Premio Global 500 de las Naciones Unidas.
No. 11, setiembre de 1995.
- *Haití: una experiencia de dos culturas*
Edwidge Danticat, novelista haitiana, autora de *Krik! Krak!*.
No. 12, diciembre de 1995.
- *Los significados del milenio*
Bernard McGinn, teólogo norteamericano de la Universidad de Chicago.
No. 13, enero de 1996.
- *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad (siglos XVI - XVIII)*
Manuel Burga, sociólogo peruano de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
No. 14, febrero de 1996.
- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha por el poder interpretativo*
Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la Universidad de Stanford.
No. 15, marzo de 1996.
- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl*
David Carrasco, historiador norteamericano de la Universidad de Princeton.
No. 16, junio de 1996.
- *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*
Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame.
No. 17, setiembre de 1996.
- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*
Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York.
No. 18, noviembre de 1996.

- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*
Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano.
No. 19, marzo de 1997.
- *Sociedad y poesía: los enmantados*
Roberto Sosa, poeta hondureño.
No. 20, mayo de 1997.
- *La arquitectura como un proceso viviente*
Douglas Cardinal, arquitecto canadiense del Museo Nacional del Indio Americano en Washington, D.C.
No. 21, julio de 1997.
- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*
Daniel Catán, compositor mexicano de ópera.
No. 22, agosto de 1997.
- *La bienvenida mutua: transformación cultural del Caribe en el siglo XXI*
Earl Lovelace, novelista de Trinidad y Tobago y ganador del premio de la Mancomunidad Británica para Escritores en 1997.
No. 23, enero de 1998.
- *De vuelta del silencio*
Albalucía Angel, novelista colombiana, pionera del posmodernismo latinoamericano.
No. 24, abril de 1998.
- *Cómo se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina.*
Roberto Suro, reportero estadounidense de *The Washington Post* en Washington, D. C.
No. 25, mayo de 1998.
- *La iconografía de la cerámica pintada del norte de los Andes*
Felipe Cárdenas-Arroyo, arqueólogo colombiano de la Universidad de Los Andes en Bogotá.
No. 26, julio de 1998.
- *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson*
Cynthia McLeod, novelista surinamesa y autora de *El caro precio del azúcar*.
No. 27, agosto de 1998.

- *Un país, una década*
Salvador Garmendia, escritor venezolano, ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura.
No. 28, setiembre de 1998.
 - *Aspectos de creación en la novela centroamericana*
Gloria Guardia, escritora panameña, miembro de la Academia Española en Panamá.
No. 29, setiembre de 1998.
 - *Hecho en Guyana*
Fred D'Aguiar, novelista guyanés, ganador de los premios Whitbread, Obras de Ficción y Malcolm X de Poesía.
No. 30, noviembre de 1998.
 - *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria*
Sergio Ramírez, escritor nicaragüense, Vicepresidente de su país.
No. 31, mayo de 1999.
 - *Mito, historia y ficción en América Latina*
Tomás Eloy Martínez, escritor argentino, autor de *Santa Evita*.
No. 32, mayo de 1999.
 - *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*
Leopoldo Castedo, historiador español-chileno.
No. 33, setiembre de 1999.
 - *El Salvador y la construcción de la identidad cultural*
Miguel Huezo Mixco, periodista y poeta salvadoreño.
No. 34, octubre de 1999.
 - *La memoria femenina en la narrativa*
Nélida Piñon, novelista brasileña, autora de *República de los sueños*.
No. 35, noviembre de 1999.
-
- Versiones en inglés y en español

La Serie Encuentros es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.

Banco Interamericano de Desarrollo

CENTRO CULTURAL

1300 New York Avenue, N.W.

Washington, D.C. 20577

U.S.A.

Tel: (202) 623-3774

Fax: (202) 623-3192

IDBCC@iadb.org